

Con él descansan todos mis sueños
de amor, de gloria, de poderío...
¡Y ante los cielos y ante los hombres,
aquel pedazo de tierra es mío!

TRAGEDIAS PARA REIR

*Sic visum Veneri, cui placet impares
Formas atque animos sub juga aenea
Sævo mittere cum joco.*

(HORACIO: Oda xxxiii. Lib. I.)

UN POETA CLÁSICO

I

«No me halagues, oh brisa pasajera
que el grato aliento de las Ninfas eres.
No me halagues, oh campo florecido,
que cantas, con el gozo de tus rosas,
los himnos de tus plácidos amores.
No tú, pradera, que la madre Ceres
de riquezas colmara, y en que ondulan
como en olas de un mar, que riza el viento,
las espigas, tan altas y gentiles,
salpicadas con sangre de amapolas;
ante los rayos que en tu seno vierte,
—flechas doradas,—el divino Apolo.
No placen la blandura y el halago

de vuestros dulces, cándidos favores,
á quien con penas que enloquecen gime.
Celos que muerden, como llamas vivas
del fuego que devora, me combaten,
y se adueñan de mí. Lucha con ellos
mi amor, mi pobre amor, desesperado.
La infame Tisbe, la que fuera Musa
de mi amor, entre tantas elegida,
de mí se mofa sin piedad, y en brazos
de amantes nuevos pérfida sonrío.
La quiero aborrecer, y la perdono.
Me rinden, ¡ay de mí!, las tentaciones
de sus miradas, y la miel sabrosa,
—sabrosa y dulce cual la miel hiblea,—
que entre sus labios, al besarme, libo.
¡Oh Júpiter!, oh Dios omnipotente:
con tus rayos más vivos nos acaba.
Sucumbamos los dos, bajo la furia
de tu divina cólera. No quede
memoria de mi nombre, ni memoria
de su maldad, impúdica y funesta.
Mas, de tus rayos cuida, cuando lleguen
á su belleza sin igual; de modo
que no rompan, ni turben la armonía
de su cuerpo gentil, gentil estrofa
de un cántico de amores, que descubre
nuevo primor en cada rico verso.

Muerta, quede mi Tisbe tan hermosa
como alentó, para mi bien, un día.
Fuera profanación que marchitaras
la flor de su hermosura, flor de flores;
mucho más bella que la flor del loto,
mucho más blanca que la flor del nardo.»

II

UN POETA ROMÁNTICO

«Tuve yo el alma de mi madre, buena;
tuve yo el alma de la fe, creyente;
tuve yo un alma que luchó,—serena,
sin rendirse jamás,—con la corriente.

»Tuve yo un alma para el bien nacida,
tuve yo el alma del amor fecundo;
tuve yo un alma que adoró la Vida,
tuve yo un alma que gozó del mundo.

»¿Dónde las horas de letal hastío,
dónde las horas de infecunda calma,
cuando era mío, tan feliz, tan mío,
todo el aliento del amor del alma?

»Fuí, poco á poco, desmayando; tuve
miedo, por fin, á las horrendas luchas
que en hondas ansias del honor mantuve...;
—Tú lo sabes, Dios Santo, que me escuchas—;

»vi, que el mal que contagia corrompía
de pronto, y para siempre, mi existencia;
vi, ¡con espanto vil, que se extinguía
la luz de la verdad en mi conciencia;

»vi mi ser, de improviso, trastornado
por el dolor, que postra y que desgarrá;
vi mi ser en la garra del pecado,
complacido en la cárcel de la garra...

»Pobre alma mía, noble y valerosa:
te lloro con las lágrimas que vierto.
Vivo para la vida mentirosa;
para la dicha y el honor he muerto.

»Muero en tinieblas, comó luz que acaba;
vive mi sombra, que se mueve triste...
¡Mi ser, mi noble ser, el que alentaba
para el amor y la virtud, no existe..!

»Vive no más la forma..., la figura...,
la apariencia del hombre que vivía...;

¡y es mi cuerpo la pobre sepultura
del alma que murió... ¡Pobre alma mía!

»Una mujer, estúpida ó malvada,
la deshonró, la asesinó. Por ella,
vivo la vida estéril de la estrella
que va por los espacios apagada...

»Y en vano lucho contra el sino adverso;
por ella, por sus vicios condenado,
en las entrañas de mi ser perverso,
llevo el cadáver de mi ser honrado...»

III

UN POETA MODERNO

«Parque soberbio, florido.
Noche de luna, divina.
Suena doliente gemido.
Pierrot maldice, vendido,
traiciones de Colombina.

»Breve alcoba, peregrina.
Tarde lenta, gris, llorona.
Suena un beso.

Se adivina
que el pobre Pierrot perdona
traiciones de Colombina.

»Parque, de nuevo, que, en calma,
la luz de la luna hiere,

con claridad nacarina.
 Un ¡ay! que brota del alma.
 Pierrot, burlado, se muere...,
 por culpas de Colombina;
 por el dolor trastornado,
 con el rostro descompuesto;
 ¡con un gesto
 de dolor, desesperado!

»De ver su angustia, la gente
 de los contornos se ríe.
 En el agua transparente
 de la taza de la fuente
 la blanca luna sonríe...

»¡Pobre Pierrot, sin fortuna!
 No insistas en la importuna
 pretensión de ser amante,
 contra la mofa constante
 de los hombres y la luna.

»¡Mata más bien! ¡Asesina,
 sin piedad, á Colombina!
 ¡Castiga al fin sus pecados!
 ¡No son otros los deberes
 de los amantes honrados
 con las infames mujeres!

»Ciertos sabios te hablarán
 de calma, de redención;
 ¡de que es invencible imán
 el imán de la pasión..!
 Y al cabo te inducirán
 contra el afán de tu afán,
 al olvido y al perdón...

»Mas, oye bien: los doctores
 que predicán esa vana
 curación de tus dolores,
 ¡como á toque de campanal,
 son los que van, en amores,
 persiguiendo los favores
 de toda mujer liviana
 con bajos y torpes fines;
 los de ayer, los de mañana,
 los eternos Arlequines..

.

»Vano empeño me ilusiona.
 Tal su encanto le fascina
 que el pobre Pierrot perdona
 nuevamente á Colombina.
 ¡No asesina,
 por sus culpas, á la ingratal

¡No la mata,
por su traición, á traición!
¡Vuelve á esperar y á sufrirl
¡Misterios del corazón!
¡Tragedias para reirl!»

LAS HORAS NEGRAS